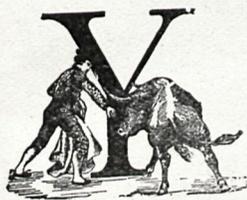




El vecindario del lugar presencia la "caída" del toro desde la original barrera construída en la plaza. El banderillero sigue atento el último instante de la lidia.

TOROS EN CASTILLA

La provincia de Madrid tiene una tradición taurina de gran sabor pueblerino y local.—En el mes de septiembre se dan el mayor número de festejos rurales.



A no existen las capeas pueblerinas. No existen, claro es, oficial o legalmente, porque los festejos taurinos están tan entrañablemente unidos a la idiosincrasia del pueblo español, que siguen y se perpetúan en las fiestas feriales con nombres distintos, llámense becerradas, en-

cierros, festivosales o, con mas pretensiones, novilladas sin caballos.

La provincia de Madrid tuvo siempre para estos festejos una tradición difícil de desarraigar. No olvidemos que toda Castilla, desde los tiempos del Cid, anduvo a caballo hostigando toros. Las dehesas salmantinas y los cortijos andaluces fueron aquí cerrados. Y a las orillas del Jarama, en San Fernando, como a las del padre Tajo, en las cercanías de Aranjuez, han pastado desde tiempo inmemorial vacadas con nombres ilustres que se perpetúan todavía sobre las tierras, yermas en unos lugares o fecundas en otros, de la provincia de Madrid. La región centro, entre las ganaderías

bravas, con su capital en Colmenar Viejo, manda y pesa en el concierto general de los hierros ganaderos españoles.

Vaya por delante el hecho real de las que, sin salir nunca de la demarcación provinciana, podemos considerar como plazas de toros en grado superlativo. Tales la Monumental de Madrid —sucesora de las situadas hacia la actual calle de Claudio Coello primero, y de la Plaza Vieja después en el enclave urbano de la calle de Goya— y de sus hermanas menores las plazas de Aranjuez y de Alcalá de Henares. Todas tres guardan tal significación dentro de la Fiesta española, que automáticamente quedan al margen de nuestro empeño periodístico al intentar recoger como en relieve toda la tradición taurina de la Castilla central a través de sus motivos rurales y pueblerinos.

CAPEAS Y FESTIVALES

Convengamos primeramente que gran parte de esa tradición costumbrista radica, como apuntamos mas arriba, en las ganaderías vecindadas de la provincia. La tierra de Colmenar y la serranía toda, que se extiende hacia la mugá del



La plaza provinciana surge aquí con toda su fuerza popular. Las grandes ruedas de los carros limitan las fronteras de la plaza. Encaramados en los improvisados tendidos figuran los mozos más arriesgados, que están al acecho de que termine la lidia formal para lanzarse al ruedo.—(Fotos Vaquero)

norte irradian a los cuatro puntos cardinales de Madrid cuanto ganado morucho se precise para alegrar las fiestas de los pueblos. No hay en ellos Santo sin octava ni octava sin su capea o festival correspondiente. Los meses de agosto y septiembre transcurren a lo largo y ancho de la provincia con su calendario nutrido de festejos religiosos y profanos, entre los que nunca falta la inevitable «corrida», bien sea de añojos, erales, utrereros, cuatreños o cinqueños, que, en siendo originarios de ganado pajuno, de todo produce la viña del Señor.

Sin embargo, es preciso diferenciar las antiguas capeas de los festejos que ahora se dan dentro de cierto orden sindical administrativo. Antes de la famosa disposición de La Cierva contra las capeas, cualquier lugar de Castilla preparaba su corrida con absoluta libertad. Las vaquillas bravas o novillos moruchos alquilábanse de antemano, devolviendo las reses al mayoral una vez toreadas a placer por el vecindario. Por la mañana, antes de la Misa solemne que con la procesión del Santo o Virgen titular constituía la ceremonia fuerte del día, corríase el «toro del aguardiente», así llamado por coincidir con la hora mañanera en que se mataba el gusanillo del madrugón con el copeo consiguiente de anises y cazallas. Tras la Misa Mayor, se soltaban tres o cuatro reses más para regocijo y prueba del mocerío indígena, «gobernado» siempre por los torerillos extraños que acudían a la Fiesta al olor de la capea inevitable. Finalmente, a todo lo largo de la tarde y hasta las horas primeras del anochecido, vecinos e invitados saltaban y corrían entre las acometidas de otras tres a cuatro nuevas reses, sembrando en las mozas admiración, susto en los espontáneos compañeros de lidia, y curiosidad y risas entre los numerosos asistentes parapetados en las talanqueras.

COGIDAS GRAVES Y MUERTES

Porque hay que decir que en todas las ocasiones la plaza se improvisaba de manera pintoresca, aprovechando generalmente la explanada que se abre ante las Casas Consistoriales. La farola principal del pueblo quedaba al centro. Y una tupida barrera de carros y talanqueras constituía en definitiva el ruedo improvisado, por el que iban saliendo en un turno más pintoresco aún que la lidia, las diez o doce reses de media casta contratadas de antemano por los mozos que componían la Comisión de festejos.

Papel importantísimo tenía el tropel de aspirantes a toreros que se descolgaban en el pueblo desde la capital. Carne de toro en su mayoría, los maletillas de finales de siglo y comienzo del actual peregrinaban sin descanso de un lugarejo a otro y de una aldea a otra aldea. Su afición y su errante vagabundeo no conocían tregua, marchando sin cesar al compás del santoral litúrgico, bien a pie, bien en los topes o techos de los vagones del ferrocarril. El cielo azul o el pajar de cualquier campesino bondadoso eran por la noche su cobijo. Con el día lanzábanse sin titubeos a la capea, dividida para ellos

en los intervalos ya apuntados de desayuno, misa y comida, despachando sin alivio alguno desde el «toro del aguardiente», a las siete de la mañana, hasta el último cuatreño resabiado que saltaba a la plaza con la luz de las estrellas.

Los incidentes eran numerosos y, muchas veces, mortales. Los novillos habían de rentar lo más posible a sus propietarios. De ahí que fueran «alquilados» para pueblos sucesivos, hasta alcanzar a veces número crecido de festejos. Por eso es popular en los pueblos de Castilla «el toro que conoció veinte Alcaldes». Y de ahí también que, «enseñados» sobradamente a través de una lidia y otra, y «capeados» de mala manera por los aprendices de torero, esta clase de astados eausara grandes estragos en muchas ocasiones y días de luto en numerosos pueblos.

Que yo recuerde, diferentes profesionales murieron en la provincia de Madrid por cogidas de capeas pueblerinas. Hace unos cincuenta años, y en los festejos tradicionales de septiembre, en Pozuelo de Alarcón, fué cogido de gravedad el novillero Manuel Lagarto (Patolas), que moría poco después, de resultas de la cogida, en el Hospital de la Princesa. Hacía la misma época, y en el pueblo de Valdemorillo fallecía también como resultas de un percañe parecido el pundonoroso banderillero José Melo (Melito).

POR LA GEOGRAFIA DE NUESTRA CASTILLA

Desgraciadamente, toda o casi toda la geografía castellana y, por tanto, la provincia de Madrid podría ser recorrida con sangrientas historias semejantes. Ni villa, ni lugar, ni aldea, ni poblado, por modestos que fueran, quedaban sin su corrida de toros en los días feriales. Todavía se recuerdan con nostalgia y emoción las capeas provinciales más salientes, elevadas hoy a la categoría de festivales por imperativos de la Ley,



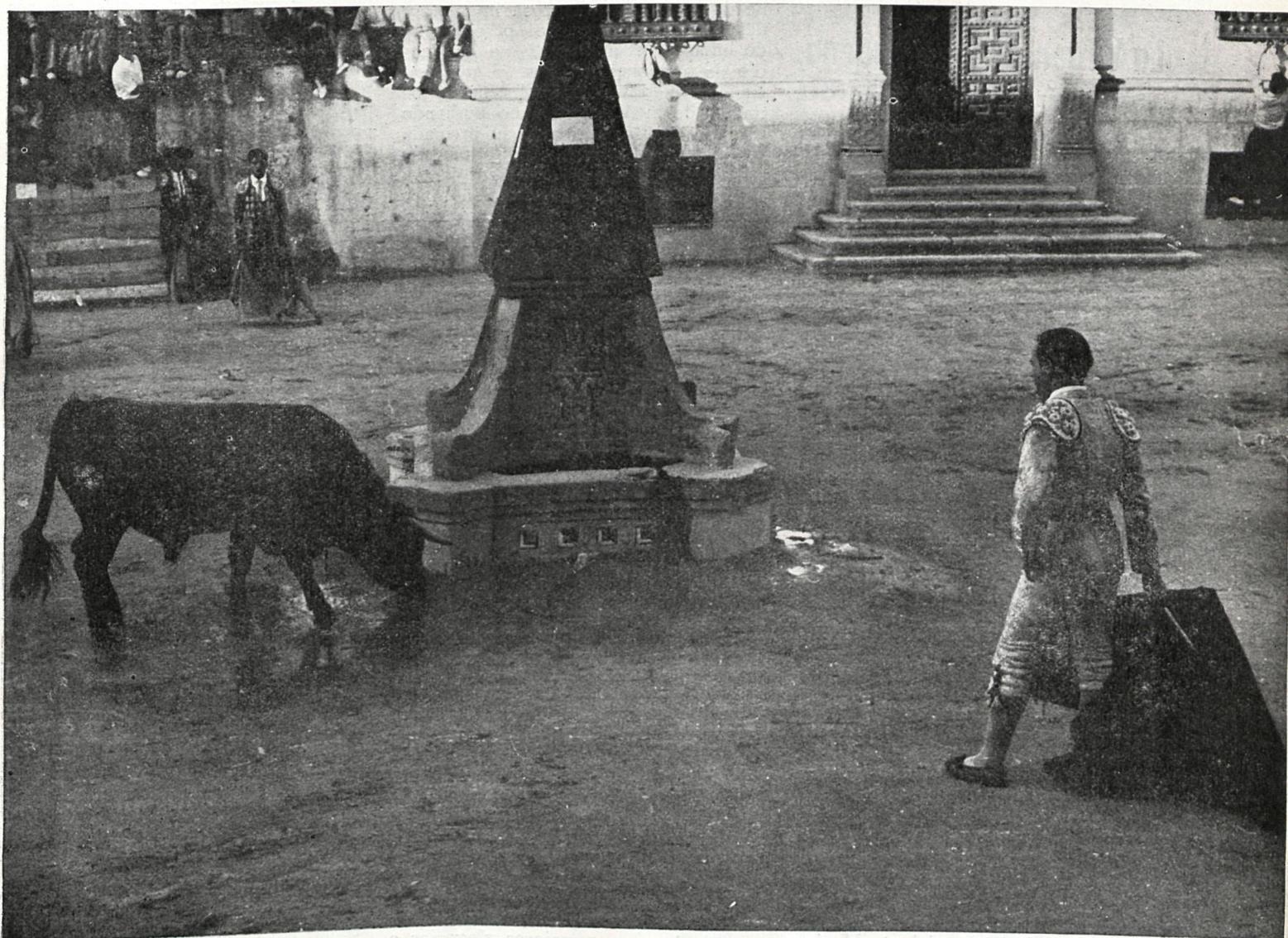
San Isidro Labrador, Patrono de Madrid y natural de Torrelaguna, parece presidir desde su hornacina de la Venta del Batán todos los afanes festivos de los pueblos y aldeas de la provincia.—(Foto Lendínez)

que exige un director de lidia profesional para cualquier corrida de esta índole. Las fiestas de Arganda con la ineludible participación de los diestros «Bienvenida», en la mente de todos está. San Sebastián de los Reyes celebra unos encierros que quieren recordar en pequeño a los de Pamplona. Y Vicalvaro, y Valdemoro, y San Agustín de Guadalix, y Ciempozuelos, y Chapinería, y Torrelaguna, y Aravaca y cien villas más, mantienen la tradición taurina de sus antepasados levantando el día de la fiesta su plaza de carros para lidiar en ella reses, incluso de muerte. Por citar algo destacado a este respecto recordaremos las corridas de toros que todos los años se dan el 30 agosto en Colmenar Viejo, con ganado de postín y matadores de alternativa.

Para terminar, no olvidemos que Frascuelo, el pundonoso diestro de Churriana, se hizo en gran parte a su profesión en las capeas de Chinchón, recibiendo cierto año una cornada de cuidado que tardó bastante tiempo en curar. El mismo «Mazzantinito», matador de cierto relieve hace medio siglo, se echó, siendo ya doctor en tauromaquia, en una capea de Getafe, que resultó trágica. Al mediodía había invitado a comer una caldereta de arroz con sus aditamentos consiguiendo a la «cuadrilla» de torerillos actuantes en la fiesta. Y por la tarde, banderilleó magníficamente a uno de los moruchos, pegándole cuatro cambios soberbios con sendos cigarros puros en las manos. Después, ante el entusiasmo popular y el moquerío entusiasmado que se arrojó a la arena, sobrevino la tragedia. Las cogidas se sucedieron una tras otra y tres muertos y varios heridos graves registró como balance la capea sangrienta que todavía recuerda con horror el vecindario de la noble villa de Getafe. ¿Qué más?

El mes de septiembre es, quizá, el de mayor profusión de festejos en los pueblos de Madrid. La Natividad de la Virgen patrocina, terminada la recolección, infinidad de festivales taurinos. Cientos de torerillos y aspirantes de la profesión se movilizan a los más apartados lugares de la provincia, con la autorización correspondiente del Sindicato del Espectáculo. Sus trajes de luces y su esportón de los estoques y sus juegos de capotes y de muletas no son propios, sino alquilados. No importa, sin embargo. Muy dentro del corazón le hierve a este moquerío arriscado y valiente la estrella de su majaza torera. Quebrar a cuerpo limpio a un toro, aunque en Madrid ciudad se hayan tenido que pagar en arriendo los miserables trastos de matar, es un alarde y un placer que no a todos es dado lucir. Todos los aficionados del mundo —como dijo Sassone—, cuando hablan de un lance y pretenden enseñarlo, acaban simulándolo sin toro. Los torerillos castellanos son muchos más definitivos y rotundos: no definen ni explican de salón sus pases naturales; los ejecutan con gallardía bajo el cielo azul de Madrid —campo y sierra—, para demostrar al mundo que la raza ibérica vive y se perpetúa con más coraje a medida que avanzan los tiempos.

JULIO DE URRUTIA



Va a empezar la faena de muleta. En el ruedo un charco de agua, que mana de la fuente, sirve para aliviar la sed del bicho. Mientras tanto, el matador espera impaciente el momento de iniciar la faena. Es en la Plaza de Villaviciosa de Odón, y el diestro, Gonzalo Largo «Gonzalillo».—(Foto Leal)



La Virgen de la Almudena, Patrona de Madrid

Por celebrarse este año el Centenario de la Definición Dogmática de la Inmaculada Concepción de María, me ha parecido oportuno escribir algo en honor de Nuestra Señora de la Almudena, relatando algo de su historia, que es muy hermosa.

Madrid celebra siempre con mucho fervor esta fiesta de la Virgen de la Almudena, que con San Isidro Labrador ostentan el honroso título de Patronos y protectores de la Villa del oso y del madroño.

La tradición se remonta a los primeros tiempos del cristianismo en nuestra Patria. Vemos a Madrid, ebrio de gozo, saludar a su Patrona, postrarse a sus pies, derramando lágrimas de ternura filial y poniendo a sus plantas banderas bélicas —miles de trofeos—, ornato de su templo, que no pueden contener cien generaciones de reyes.

Desde que Jesús encomendó a su Madre querida a los apóstoles, que más tarde habían de repartirse por el mundo para su evangelización, la Virgen Purísima daba su bendición y preciosas dádivas a ella solamente semejantes; y así decía a Santiago el Menor: «Ve, hijo mío, a cumplir el mandato de tu Divino Maestro, y por El te ruego que en una de las ciudades de España, donde mayor número de hijos convirtieras a la fe, allí hagas construir una iglesia en memoria mía, como yo te enseñaré». Recibió Santiago la bendición de María, sintió conmovirse dulcemente las fibras de su corazón y en adelante María y España fueron dos palabras que jamás podrán separarse.

Llegó el apóstol a España acompañado de San Calocero y otros once

discípulos, que le seguían por todas partes, difundiendo la luz del Evangelio, y de esta época datan muchas de nuestras veneradas imágenes, y entre ellas, la de Nuestra Señora de la Almudena, que es constante tradición fué tallada por San Nicodemus, colorida por San Lucas y traída desde Jerusalén por Santiago y sus discípulos.

Enriquecido Madrid con este precioso tesoro y convertido en su mayoría al cristianismo, edificó un templo a su Patrona, que se denominó templo de Santa María en su Concepción admirable, título que acostumbraban a dar los apóstoles a las primeras iglesias que fundaban. Diez años se incendió la furiosa persecución de la Iglesia, y nuestro suelo se tiñó de sangre de mártires, cuyas cenizas se guardan cuidadosamente en dicho templo. Hacia el año 712, durante la invasión sarracena, para evitar la profanación de la santa imagen, la ocultaron en uno de los cubos de la muralla de la Vega, por parecer a los habitantes madrileños el sitio más seguro y por morir a sus pies y en su defensa, si era necesario.

Volvió a ondear la bandera cristiana durante el reinado de Alfonso VI el Conquistador, que hizo voto solemne de buscar la milagrosa imagen, y después de innumerables pesquisas y de implorar el auxilio divino por medio de oraciones, ayunos y penitencias, dirigieron los madrileños a los muros de la Vega, que no pudiendo contener por más tiempo su preciado tesoro escondido y desplomándose parte del cubo mural, aparece la venerada imagen de Nuestra Señora de la Almudena, cuyo majestuoso semblante parecía decir: «Ya estoy con vosotros; no temáis, que ya nunca volveremos a separarnos», añadiendo con las palabras del profeta Habacuc: «Estaré en pie como centinela, velando sobre mi Villa, y asentaré el real sobre sus muros».

Este fausto suceso tuvo lugar el día 9 de noviembre de 1085, a los trescientos setenta y tres años de haberla ocultado. La coronación canónica, verificada hace poco tiempo, de esta gloriosa imagen, tan querida del pueblo madrileño, supone ser reconocida por todos como Reina de Madrid.

Los reyes de la tierra eran coronados y ostentaban la señal de esta realza simbolizada en la corona regia. Nadie con más títulos puede llevar esa corona real que la Virgen de la Almudena, reina soberana de la capital de España.

Nosotros disfrutamos con la contemplación de la sagrada imagen y apreciamos la angustia de los habitantes allá por los años que permaneció escondida en los muros de la Vega, cantada por el insigne poeta el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, en su magnífico poema titulado *La Virgen de la Almudena*: «Madrid, por tradición de sus mayores...», etc.

Todos los madrileños, agradecidos a Nuestra Señora, se postran, veneran y elevan sus mejores plegarias a la Virgen de la Almudena, Patrona de la Villa.

Rvdo. P. JOAQUÍN AGUADO

La pereza de no hacer todo, lo mejor que podamos hacerlo

J. Larralde, escritor y filósofo sudamericano, dijo: «No es perezoso únicamente el que nada hace, sino también el que podría hacer algo mejor de lo que hace». Casi todos adolecemos de este defecto. En cualquier tarea que emprendamos, pudiendo hacerla perfectamente porque tenemos condiciones para ello, nos contentamos con realizarla medianamente. Y esto por pura pereza, por el menor esfuerzo, que es siempre nuestro tenaz enemigo. Cada cual, haga lo que haga, ya sea una casa o un libro, pintar un cuadro o componer una pieza musical, imprimir un diario o encerrar un piso, debe hacerlo poniendo la máxima atención y todo su saber para que pueda luego sentirse orgulloso de haberlo llevado a cabo con la suma perfección.

El mal artista o el mal obrero o empleado no pone nunca el máximo interés en lo que tiene entre sus manos. Lo único que hace es la comedia de la labor. Aparentar que están consagrados a ella, pero la verdad es que su pensamiento está muy lejos de donde se encuentra. Así vemos tanta chapucería y tanta obra malograda, todo por pereza, porque, como dijo el admirado filósofo, «no es perezoso el que nada hace, sino también el que podría hacer algo mejor de lo que hace». Bien mirado, mucho más perezoso es éste que aquel que no siente amor por nada que represente un esfuerzo, porque pudiendo ser capaz de una obra digna de aplauso, rehuye por pereza su cometido y no nos da más que la mitad de lo que puede realizar. En realidad nos estafa; tiene inteligencia y energía para ofrecernos algo mucho mejor que esto tan mezquino que nos brinda. Cuando veo a un escritor que corrige minuciosamente sus escritos y trata siempre de ser veraz en sus ideas y artista en la expresión; cuando veo a un pintor que no busca en sus telas sorprender y aun desconcertar, sino conmover con una emoción estética; cuando veo a un obrero anónimo que pone la máxima atención y saber con el fin de que su trabajo resulte óptimo y sin el menor motivo de reparo; cuando, en fin, contemplo a un hombre que realiza a conciencia su labor porque puede hacerla y no quiere malograrla por pereza mental o física, entonces pienso que estos son los hombres dignos, los que en realidad contribuyen al progreso de la Humanidad, y que los demás son verdaderos parásitos y hasta muchas veces inútiles para todos.

Hagamos nuestra labor diaria con la mayor perfección; tratemos de mejorarla en cuanto sea humanamente posible. Todos estamos obligados a rendir mucho más de lo que hacemos. Aquel que nada hace para que sea así, es un traidor a sí mismo y a la sociedad. Los chapuceros no merecen el pan que comen, porque en realidad viven del trabajo de quienes saben laborar, y que deben corregir muchas veces sus errores. Poner todo nuestro fervor en el trabajo cotidiano es ser digno. Es probar que no queremos escamotear el esfuerzo que se pide de nosotros para el bienestar común. Revela que no desertamos de la batalla de la vida, sino que estamos firmemente en ella dispuestos a rendir cuanto podamos por salir triunfantes y no quedar rezagados en el camino, muertos sin haber luchado. La pereza de no hacer las cosas lo mejor que podamos es una culpa que debe recordarnos la conciencia y, tarde o temprano, tendremos que expiarla.

Todos los que pudieron hacer algo mejor de lo que hicieron cuando eran jóvenes y fuertes y renunciaron a ello por interés material o por desidia, tendrán el más atroz de los remordimientos. Pero no nos conmovieran sus quejas y no veremos sus lágrimas. Fueron egoístas y así pagaron su egoísmo, como siempre se paga en este mundo; nos miramos excesivamente y buscamos el halago fácil del «dolche farniente», que a la postre siempre es amargo. Desde niños tendríamos que habituarnos a ser concienzudos en lo que hiciéramos. Cuando nos hemos acostumbrado a hacer las cosas bien, ya no es un penoso esfuerzo realizarlas. Al contrario, es el mayor de los goces. Lo peor es llevarlas a cabo mal o medianamente por pereza, porque nos da lo mismo, porque los demás no han de advertir la simulación o el engaño. No. Es nuestra alma la primera defraudada, y es por ella que debe hacerse todo lo mejor posible.

SENÉN GONZALEZ PARDO

A lo largo de los siglos los hombres de ciencia y los enamorados de la capital de España se han preocupado por conocer la partida de bautismo de Madrid. La mayoría de nuestras ciudades españolas tienen perfectamente definido su origen toponímico, mas para explicar el nombre Madrid se han inventado numerosas teorías, dispares algunas, lógicas otras, que atribuyen a la ciudad cualidades especiales o la injertan en la historia o manera de ser de algunos de los pueblos invasores.

No podía por menos de preocupar a los españoles el origen del nombre de la capital de su país, y nombre también de la provincia, cabeza de todas las demás, desde que las Cortes de Cádiz establecieron tal división territorial en nuestra patria. Precisamente desde que Madrid se convierte en Corte, el afán investigador por su nombre se acentúa y se intensifican los estudios que aporten luces al problema.

Incluso en el siglo XIII hay quien presume la supremacía de la que será, andando los siglos, capital de la nación, y deduce su nombre de la voz «maior» latinizando el vocablo «Majerit». No falta tampoco quien obtiene su etimología del árabe y lanza la leyenda de «Madrid ventoso de aires sutiles y saludables».

Desde luego se impone la nota pintoresca —siempre nuestro pintoresquismo en vanguardia— y desde Atenas se hace llegar a nuestro Ministerio de Estado la noticia, que se traslada al de Instrucción Pública y al Ayuntamiento, de que Madrid es en griego «madroño». ¿Explicará aquello de la «Villa del oso y del madroño»?

Ha sido un joven catedrático, vicedirector del Instituto «Miguel Asín», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, quien en nuestros días ha estudiado el problema concienzudamente y ha aporta-

do testimonios irrecusables al origen del nombre de nuestra ciudad. Su tesis, basada en minuciosas investigaciones, ha merecido el honor de ser valorada con el premio nacional «Francisco Franco», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

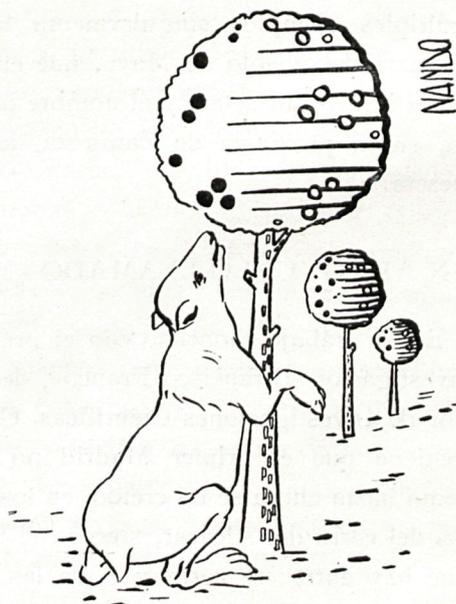
El profesor Jaime Oliver Asín, arabista insigne, formado en la escuela de su ilustre tío, don Miguel Asín Palacios, acaba de dar a Madrid su partida de bautismo. No hace mucho que dió a conocer las primicias de sus investigaciones en una conferencia que pronunció en la Cátedra «Madrid», de la Universidad Central, sobre el tema «El nombre Madrid», cuyo contenido amplió en interesantísimos artículos que han visto la luz pública en revistas nacionales y extranjeras.

El trabajo del profesor Oliver Asín es tanto más meritorio cuanto que eminentes personalidades aportaron su grano de arena a la cuestión. El fundador de la Filología española, don Ramón Menéndez Pidal, sostuvo en 1945 «que Madrid venía de un compuesto celta, «magetoritu», en el sentido de «vado o puente grande», aunque no ocultó que «el caso de Madrid» era no sólo «difícilísimo», sino «hasta ahora desesperado».

Don Manuel Gómez Moreno, otra autoridad en la materia, «daba cuenta por primera vez de la desinencia -it, propia de infinitos nombres de lugar de la toponimia del Mediodía español, la cual juzgaba había entrado en la formación de «Macherit» y «Matrit», acaso derivados de «un magslia reputado de púnico» o de un maxeria del bajo latín en el sentido de choza». Y también el señor Gómez Moreno juzgaba que no se resolvía el problema y ofrecía su criterio por «si fuera del caso aplicarlo al problema etimológico».

Y ya en nuestros días, un estudioso barcelonés definiendo una etimología revolucionaria sobre la palabra

DE UN ARROYUELO, LLAMADO «Matricem», NACIO EL NOMBRE DE M A D R I D





Según el ilustre profesor Oliver, donde hoy corre la calle de Segovia y, por tanto, muy cerca de la palaciega plaza de Oriente, nació un canal o arroyuelo afluente del Manzanares. Los habitantes del primer Madrid llamaron a ese arroyuelo "matricem", cuyo nombre se daba en España a manantiales madres de un breve curso de agua. (Foto Loygorri.)

Madrid, por la que sostiene que el nombre de la capital de España se deriva de la palabra vasca «mai», que en lenguaje corriente significa «mesa» y en el toponímico, «meseta». En apoyo de su aserto aduce múltiples ejemplos, singularmente la existencia en Navarra del pueblo de Maya, que en vascuence significa hoy «la meseta», y el nombre del poblado Maella, en la provincia de Zaragoza, asentado en una meseta.

UN ARROYUELO LLAMADO «MATRICEM»

En su trabajo, honrado con el premio nacional de investigación «Francisco Franco», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el profesor Oliver sostiene que el primer Madrid no estuvo situado, como hasta ahora se ha creído, en los rellanos y cuestras del cerro del Alcázar, sino en el fondo del vallejo que hay entre ese cerro y el de las Vistillas, donde hoy corre la calle de Segovia.

Cerca de Puerta Cerrada nació un manantial, cuyas aguas formaban un canal o arroyuelo afluente del Manzanares. Los habitantes del primer Madrid llamaron a ese arroyuelo «matricem», cuyo nombre se daba en España a manantiales madres de un breve curso de agua. Ese mismo nombre recibió también la primitiva aldea visigoda, de la que era fundamento precisamente esa «matriz».

Al establecerse los árabes en Madrid convirtieron por interés estratégico la pequeña aldea en plaza fuerte, después de ensancharla remontando los dos cerros, para apoyarse sobre el del Alcázar, en el que fundaron una alcazaba desde la que se vigilaba el campo que se extiende hacia la Sierra, por cuyos puertos y faldas eran constantes los combates entre las patrullas moras y las cristianas.

Aquel Madrid no dispuso al principio de más agua que la de un arroyo «matriz», toda vez que el Manzanares fué inútil para la ciudad debido a la distancia y diferencia de nivel existentes.